

Revista Rito

Enero
2023



Narrativa | Poesía | Ensayo

En este número:

Mateo Junco García
Dorian Huitrón Álvarez
Aziz Córdoba
Linda Acosta
Fabiola Juárez Avendaño
Francisco José Casado Pérez
Fabián Gutiérrez
Damián Andreñuk
Alberto Quero
Juan González Repiso
Hugo Díaz
Ana Laura Bravo
Luis Cuadros Falla
Ailton Téllez Campos
Jajo Crespo
Eduardo Omar Honey Escandón
Ansa Mustafa
Damián Damián

Ilustración en portada:
Andrea Vergara

¿Te gustaría formar parte de este equipo? Envíanos un mensaje a revistarito@gmail.com y cuéntanos de ti.

Contenido

Editorial	6
De masculinidades hegemónicas a nuevas masculinidades: un salto utópico	8
Citar en formato Simpson	14
Eres	18
La función no termina hasta que termina.....	20
Las representaciones subversivas en “Marina y su olor” de Mayra Santos-Febres	23
Amanece, suena “Una cruz de madera”, frente a las primeras luces un borracho recita	28
Sueños en las noches de tormentas.....	30
Calma.....	35
Minúsculas pequeñeces chiquititas.....	36
Hay un muerto debajo de mi cama.....	40
La erupción del principitín: <i>Happy endings</i>	43
La dorada libertad	48
Presagio sigiloso	52
La lección está más que aprendida.....	54
El perro, el niño y el frío en la ciudad.....	58
Mi ser multimediático	60
Vertical.....	66



Un agradecimiento muy especial al equipo del proyecto, pues sin ellos nada de esto sería posible: Dorian Huitrón Álvarez, Andrea Vergara y Damián Damián.



Editorial

(...) Como aquel que calla, otorga. / Y aunque la ignorancia es sorda, / pude levantar la voz. / Más fuerte que los ladridos / de los perros consentidos / y que la voz del pastor (...)

“Como el viento de poniente”, Marea, 2002

Cuando la editora de este proyecto me encargó la tarea de escribir la introducción que abre el telón de esta revista supuse rápidamente que sería una tarea muy difícil. Muchas cosas por decir en tan poco espacio. Primero pensé en describir un poco todos los escritos que componen este trabajo para esbozar al lector su contenido y que pudiera familiarizarse ampliamente. O hasta, dicho de otro modo, cobijarse con el mismo, si es necesario. Decía, es una tarea difícil, sobre todo, cuando estoy acostumbrado a redactar textos académicos. Que parece lo mismo, pero no lo es.

Sin embargo, solo así aprendemos que es necesario tomar pie en aquellas introducciones que son de mucha importancia para invitar a los lectores a navegar en aguas que en apariencia son transparentes, pero que, sin duda, llegan a tener algún color, algún sabor. Siendo así mi caso, pasé de escribir sociología a escribir poesía y, para este preciso momento, una invitación. Porque estas palabras son una invitación. Y es curioso cómo la vida nos lleva de un lado a otro, pensando que es complicado escribir una tesis cuando es más complicado invitar a que alguien la lea. Entonces pasa uno de compartir tecnicismos sobre algún fenómeno social, a escribir meramente literatura; dicha que a la fecha me ha causado siempre un placer, pues el alma se libera y deconstruye al mismo tiempo que se acentúa con la reflexión. Tejiendo, para mi suerte y bienaventuranza, un puente

en el que abrazo aquel discurso sociológico con el sentir de las palabras que suavizan el corazón. El cual es, hablando en términos de equipo, nuestro caso, pues todos aquí apostamos y aportamos múltiples sentires matizados bajo diversas disciplinas que me hacen catalogar este gran trabajo como un escrito interdisciplinario entre las humanidades y la literatura, a modo de pasajes que uno a uno irán entreteniendo al lector, obsequiándole un nuevo panorama sobre los diversos temas tratados y que, a pesar de que pude describirlos, decidí dejarlos a sorpresa, sin dejar de insistir en el gran talento de mis colegas aquí presentes.

Esta pequeña revista que tienes en tus manos es el esfuerzo de un grupo de desconocidos con un interés en común: compartir la belleza de la experiencia a través de las palabras. Cada texto que a continuación leerás tiene como finalidad transmitir, más allá de información, un conocimiento empírico que, de alguna manera, marcó las vidas de las y los que aquí escribimos a ustedes, lectores queridos. Mostrando un arrebolado pasaje entre los sentimientos e inquietudes que denotan nuestro intento por darle luz o vida a aquellas reflexiones que tanto le hacen falta transmitir a estas nuevas generaciones de lectores sobre el presente, el hoy. Que a parecer mío, y después de una pandemia que nos transcribió, necesitamos aquella apertura ante lo que siempre ha estado ahí, eso que aún llamamos, pero que, lejos de solo transmitirlo, busquemos esa libertad de soltar lo que en esos ayeres de nuestra realidad tangible era un proyecto sociocultural: la palabra.

Así, entonces, esta revista surge del fruto de una serie de interpretaciones que van desde la filosofía clásica hasta la libre poesía contemporánea y que a modo de herramienta se convierte en un espacio sin más que las propias orillas de una cuartilla como limitantes, más no determinantes, para invitarlos a ustedes lectores que son por quienes espacios como estos siguen creciendo.

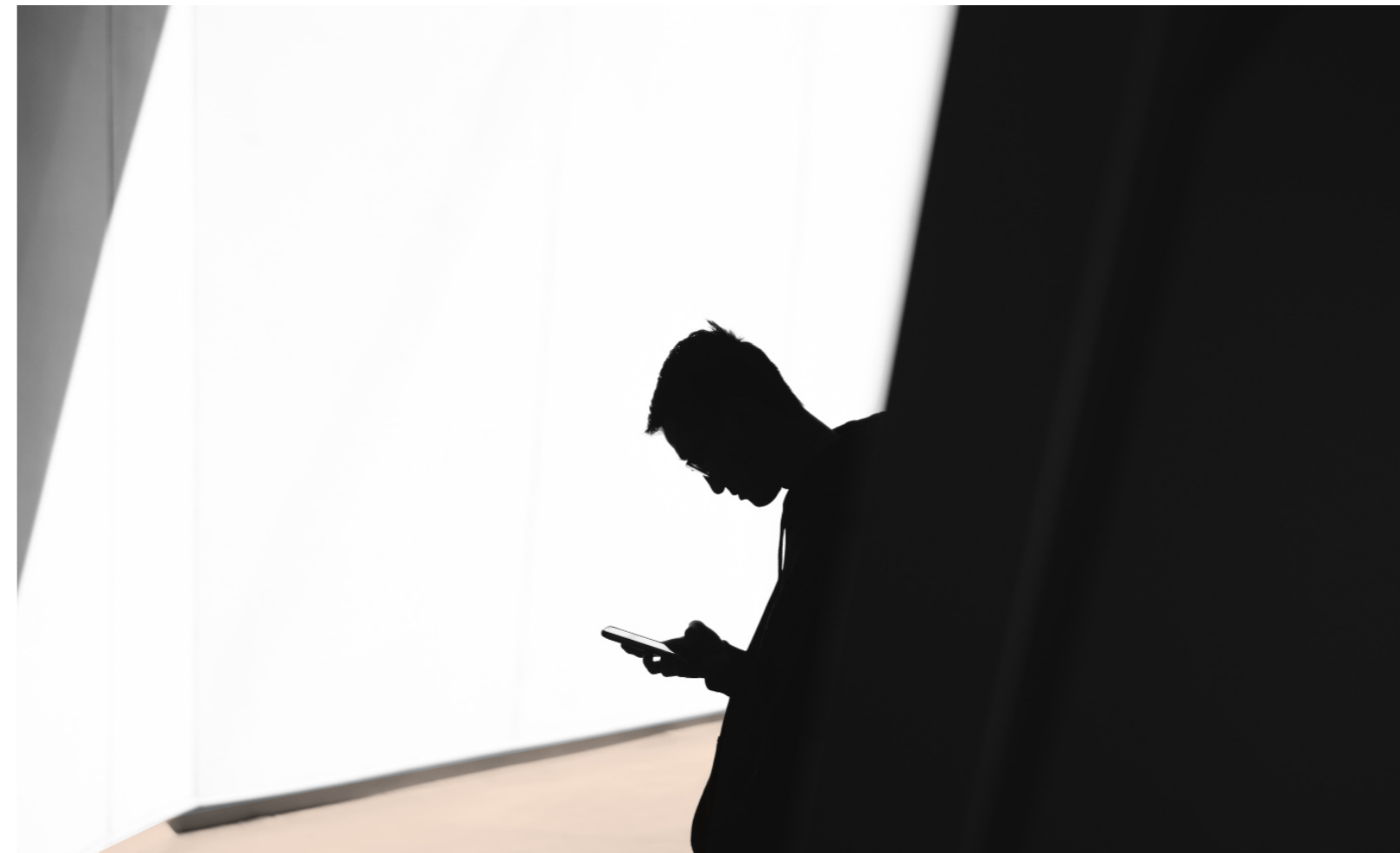
Mr. Saddy

De masculinidades hegemónicas a nuevas masculinidades: un salto utópico

Por Fabiola Juárez Avendaño,
antropóloga feminista

En los últimos años, algunos feminismos han fijado su atención en las masculinidades, que son parte del campo interdisciplinario de estudios de género (y de la agenda LGBTTI), así se han establecido en el ámbito de las ciencias sociales, particularmente europeo y latinoamericano. El concepto se ha desmenuzado, despedazado, desmembrado, es decir, lo han deconstruido con la intención de saber más sobre los mecanismos ideológicos que colocan a las masculinidades en supremacía y con amplios privilegios. En este ensayo quiero presentar muy brevemente algunas reflexiones a partir de lo que la teoría ha demostrado.

Primero empezaré presentando el concepto de *masculinidad hegemónica*, el cual pretende explicar cómo y por qué los hombres mantienen los roles sociales dominantes sobre las mujeres y otras identidades de género, que se perciben como femeninas, débiles e inferiores en una sociedad dada; también incluye la jerarquía de género y las dinámicas psicosociales de la diversidad de la masculinidad. Este concepto fue propuesto por Raewyn Connell, socióloga australiana especialista en temas de educación, clase y género. Por su parte, la antropóloga feminista argentina Rita Segato amplia y expone su posicionamiento teórico sobre la masculinidad y aporta lo siguiente: “la masculinidad es un mandato que exige a los varones que constantemente pongan a prueba sus atributos: potencia bélica, potencia sexual y potencia económica, el mandato de masculinidad es un mandato de violencia, de dominación, el sujeto masculino tiene que construir su potencia y espectacularizarla a los ojos de los otros”.¹



Por ello el modelo social de masculinidad hegemónica es un factor de riesgo para la salud, la vida y la seguridad de los propios hombres y, por lo tanto, una consecuencia clara de cómo el machismo y el patriarcado les afecta. Basta ver las estadísticas sobre homicidios y sus causales: para demostrar ser hombres es preferible morir con honores que vivir en deshonra por ser llamados mariquitas, poco hombre o p#\$%. Además, en los últimos años se han ampliado a siete las dimensiones que componen la masculinidad hegemónica: la heterosexualidad, la paternidad, ser proveedor, usar la fuerza física, la racionalidad, la caballerosidad y asumir riesgos (Mardones, 2017).

Otro aporte de los estudios feministas es sobre la sexualidad patriarcal, un modelo que perpetúa la división de géneros y es uno de los pilares del patriarcado, con el que se controla la sexualidad de las mujeres y del que se derivan dos ejes fundamentales para la opresión: la división sexual del trabajo, en la cual nosotras tenemos una posición de subordinación, y la imposición de un modelo de familia tradicional que, como principal agente socializador, mantiene y transmite los mandatos de género femeninos y masculinos que nos perjudican.

La contribución de las investigaciones sobre las masculinidades es revelar las dinámicas socioculturales y de poder (androcéntricas y/o heterosexistas) que se aprenden con el género masculino, cómo se reproducen y se transforman, pero también la resistencia de los varones, todo lo anterior se devela con los anteojos violetas en sus cuerpos, identidades, subjetividades, prácticas y relaciones en la organización social.



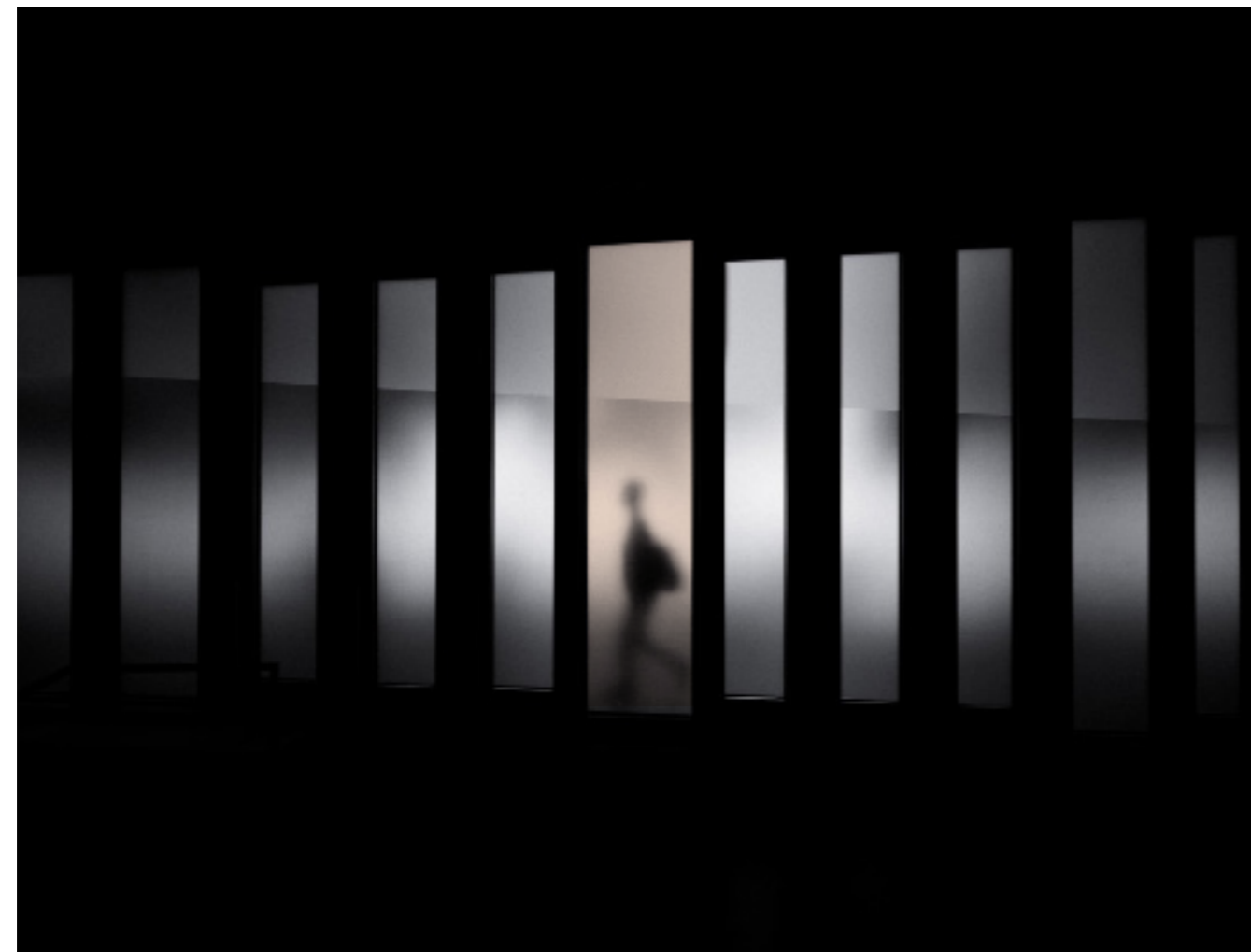
Con estas premisas, las nuevas masculinidades también conocidas como alternativas o igualitarias hicieron su aparición por la urgente necesidad de analizar, ya que es “un concepto que se relaciona con la superación del machismo, la reflexión crítica de los hombres con respecto a su género y las nuevas voces que plantean formas distintas de resolver la pregunta ¿qué es ser un hombre?” (Delgado).

Centra la atención en visibilizar y reflexionar sobre:

- Las masculinidades igualitarias, que apuestan por eliminar la violencia machista y de cualquier tipo, ya sea en su ejecución, perpetuación, complicidad o silencio.
- Apuestan por la horizontalidad, el consenso y las relaciones entre iguales.
- Las masculinidades alternativas buscan mostrar las debilidades sin miedo.
- El modelo de masculinidad nueva e igualitaria apuesta por eliminar los roles de género aprendidos sobre masculinidad y feminidad para ser más libres.
- Las nuevas masculinidades buscan una combinación equilibrada del desarrollo profesional con la vida familiar, que contribuya a relaciones interpersonales empáticas.
- Propone trabajar paternidades responsables y asertivas para vivir la crianza y el cuidado como espacios propios, no como apoyo sino como parte de su cotidianidad.

En la crianza positiva se está promoviendo la dedicación de tiempo de calidad, demostrar amor, identificar las necesidades y encontrar soluciones asertivas para con las hijas e hijos, ya que es de vital importancia para sembrar la semilla en las futuras generaciones. En conclusión: “La implicación de los hombres en la crianza y los trabajos reproductivos y fomentar las relaciones no violentas son factores claves para la transformación de la realidad hacia paradigmas sociales y de relación más justos e igualitarios” (Bacete, 2019).

Al mismo tiempo, esto implica una participación más activa y profunda de los varones en los esfuerzos por la equidad, sin un enfoque jerárquico que busca una alternativa a ese modelo hegemónico para incorporar la perspectiva de género. Las prácticas y los esfuerzos por la equidad los invitan a repensarse como hombres y padres a la altura de los nuevos feminismos.



Son tiempos extraordinarios para hacer una revisión crítica de las masculinidades, nunca como ahora se ha visto mayor interés, lo atestiguan los numerosos artículos de investigación, capítulos de libros, cuadernos de trabajo, tesis, libros y manuales educativos que se han venido publicando de manera creciente desde 1990. Asimismo, se han promovido talleres y círculos de reflexión para sensibilizar sobre estereotipos y valores sociales de la masculinidad hegemónica y dar a conocer las diferentes alternativas o nuevas masculinidades y fomentar acciones formativas de igualdad para hombres. ¿Será una realidad o una utopía?... Ya lo veremos.

(1) Segato, Rita. "Hombres a través de la Violencia" en <https://www.anred.org/2020/01/22/rita-segato-se-prueban-a-si-mismos-que-son-hombres-a-traves-de-la-violencia/>

Referencias

- Mardones, K. y Navarro S. (2017). Mandatos de género para hombres: creencias de universitarios y universitarias del sur de Chile. Integración Académica en Psicología. 5(15). Universidad Santo Tomás.
- Zapata, R. (2 de julio de 2020). "Nuevas masculinidades", un concepto y un proceso marcado por el desconocimiento. AmecoPress, información para la igualdad. <https://amecopress.net/Nuevas-masculinidades-un-concepto-y-un-proceso-marcado-por-el-desconocimiento>
- Bacete, R. (19 de marzo de 2019). ¡Feliz día del padre feminista! (y los 364 días que quedan para demostrarlo). El País. https://elpais.com/elpais/2017/03/18/mujeres/1489844939_167572.html

Citar en formato Simpson

Por Dorian Huitrón Álvarez

Siempre es un buen momento para admirar la capacidad de algunas personas para citar versos o ideas en cualquier conversación. Ya sea por erudición, perspicacia o simple ingenio, poder presumir de un amplio repertorio de afirmaciones llenas de sabiduría es algo que, cuando menos, merecería un premio o un concurso para medir la habilidad de los conspicuos involucrados.

La verdad nunca he tenido el valor de comprobar en qué capítulo, apartado u hoja exacta de tal o cual obra se encuentran las citas que estas admirables personas tuvieron la elegancia de compartirme. Si me citan el elogio de Chesterton por la cerveza les creo; si declaman la estrofa de Gilberto Owen, que mañosamente Mario Santiago Paspasquiaro se robó años más tarde, también les creo. Obviamente no pondré aquí las citas exactas, porque, como es evidente, yo no soy de esas personas.

Puedo considerar mi memoria como una enciclopedia de ideas banales. Como buen hijo de mi generación, mi cabeza está llena frases famosas de series televisadas, jingles de juguetes y de cientos y cientos de escenas de caricaturas. Comúnmente podría decir que,

comparado con la habilidad de las citas literarias, éstas parecerían más enfocadas a la burla, al tono jocoso de una plática y, aunque hay algo de razón en ello, también podrían sorprendernos los chispazos de ingenio que son inseparables en la comedia.

Algo así encuentro en algunos diálogos de Los Simpson. Pareciera increíble la cantidad de frases que pueden y se han extraído del programa para la vida diaria. Dice Chesterton que la clave del humor, entendido en su término moderno, es el poder transformador de la simpleza y la incongruencia. A lo que hace bien al recordarnos una de las primeras bromas registradas en la historia de la literatura occidental: Ulises nombrándose como Nadie al encontrarse con el cíclope.

Así pues, ¿cómo sería posible tender el puente entre el Nadie de Ulises con “a la grande le puse Cuca” de Homero Simpson? Creo que la respuesta estaría en la simpleza que resuelve las escenas: mientras que el cíclope se lamenta por ser derrotado por algo tan común como el sustantivo Nadie (“Nadie me está golpeando”), Homero apacigua a Marge señalando el ingenio para ponerle un nombre chistoso a una mamá zarigüeya que duerme donde debería estar el extintor de un monorriel.



Nada puede “malir sal” al recurrir a la sabiduría Simpson, dirían algunos eruditos en el tema. Sin embargo, citar a Los Simpson pareciera más una cualidad de ingenio cercana al refrán o al dicho popular. Esta carga de sabiduría cotidiana es útil por dos cualidades simples: lo concreto de su lección y lo identificados que podemos llegar a sentirnos al escucharlos. ¿No es precisamente el refrán popular lo que nos hizo preguntarnos en qué nos parecemos a las macetas? He ahí el punto central del humor: el absurdo que deviene en lección, algo que también acerca al chiste y a la cita a su verdadero origen literario.

Pero aunque se busque la amenidad de la plática, el remate que rompa la solemnidad de cualquier tema, no podemos dejar de notar que hoy en día este tipo de recursos divertidos atraviesan una crisis. Basta con preguntarnos cuándo fue la última vez que escuchamos un chiste o la última que escuchamos un refrán. ¿Será acaso la señal de que se acerca el final del humor o simplemente es un cambio generacional en las maneras en que pensamos la comedia?

Hoy podríamos terminar una conversación o una jornada laboral con un contundente “¡Vete al demonio, Krabappel!”, pero no con una elucubrada aventura de Pepito. Incluso es más fácil bautizar nuestro ocio repitiendo “Voy al rato, voy al rato, voy al rato” en voz de Homero Simpson y no con un refrán cuyas enunciaciones parecen estar contadas.

FMS271514

¿Es esta una prueba de que la fugacidad y condensación de nuestros días llegaron también a prescindir de la carga poética en nuestro imaginario cotidiano? La narrativa de las peripecias de Pepito o la métrica y ritmo de los refranes y dichos hoy parecen un recurso anacrónico destinado al olvido. No hay tiempo para las lecciones, poco a poco han sido reemplazadas por el chiste ingenioso, el fugaz intento por terminar un diálogo con un remate para mirar directamente a los ojos de nuestros interlocutores y decir: “¿Qué les pareció eso, barbones piojosos?”

La *Iliada* y la *Odisea* fueron obras originalmente concebidas para la tradición oral, al igual que todas las disertaciones de Sócrates. La memoria y la oralidad como gran biblioteca hoy parece un proyecto que sólo pocos son capaces de llevar a cabo y salir bien librados. Entonces, no debería parecernos extraño que dentro de poco debamos recopilar todos los chistes, dichos y refranes mexicanos en un antológico libro para evitar el olvido de esa sabiduría.

Tal vez las frases Simpson son el nuevo chiste generacional, aunque incluso ellas entrarían a juicio sobre su vigencia. Pero no quiero provocar el aburrimiento de tan amables lectores, sólo quiero evitar pensar en lo que hace distinta la memoria de quienes citan a Goethe de la que apura un final gritando: “¡Ya cómete la maldita naranja!”

Eres

Por Mr. Saddy (Damián Damián)

Para Ana Jessica Ortiz Martínez



eres

el cuerpo perfecto
el pensamiento más puro
el preciso momento
del pasado la sombra
el presente más tierno
el futuro más cierto

de la incertidumbre la calma
de lo turbio lo libre
como el café que más sabe
como la mirada que tiñe
la poesía de las cartas
los fulgores del alma

eres la risa sincera
felicidad placentera
sentimiento sin tiempo
por un sueño pendiente
que entre ambos viviendo
se reanima constantemente

eres mi te extraño amoroso
sin distancia coherente
la paciencia del cielo
que hace planear a la aves
entre la vida y la muerte
y no sólo por hambre

mujer compromiso
comprensión y respeto
realidad transformable
pausa postergable
espacio indefinido
amor

interminable

inexplicable



La función no termina hasta que termina

Por Eduardo Omar Honey Escandón

Aún con el rostro destruido por el ácido que le arrojó un enamorado que rechazó, decidió no abandonar los escenarios.

Rápidamente preparó una coreografía en tres actos.

En el primero, danzó ataviada con una burka para señalar el ocultamiento al que se le quería obligar.

Vistió como bailarina clásica en el segundo. Se mantuvo de espaldas al público para señalar lo omisa que es la autoridad.

Para el último, apareció desnuda. Mientras las demás bailarinas vestían de negro y portaban grotescas máscaras, ella enseñaba su faz quemada y deforme como evidencia final de la justicia inexistente.

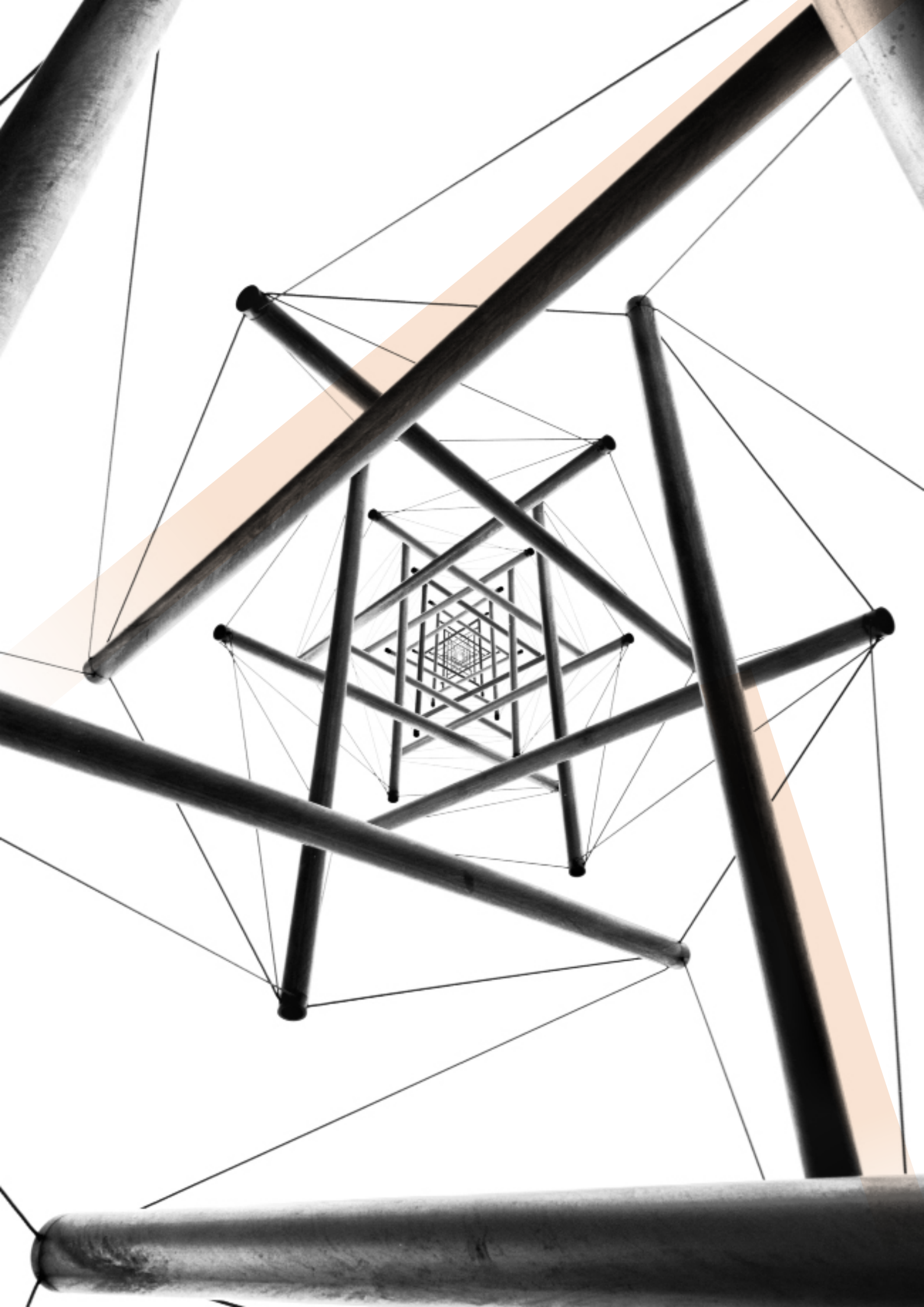
En el telón de fondo se proyectaba la cara del perpetrador, quien se paseaba libre y absuelto por su ciudad natal años después del crimen.

Las funciones siempre terminaban en un estruendoso aplauso de pie.

Ella, en cada ciudad y foro que visitaba, extendía invitaciones a políticos, funcionarios, jueces y policías. Esos asientos rara vez se ocuparon.

Tiempo después una activista ultra, en un acto individual, lanzó ácido al rostro del agresor. En menos de un mes se localizó y fincó larga sentencia a la culpable, además de mostrarla en cualquier medio como una loca.

Entonces la bailarina y las muchedumbres sacaron la coreografía a las calles para danzar con el fuego encendido en pos de un “Basta ya”.



Las representaciones subversivas en “Marina y su olor” de Mayra Santos-Febres

Por Mateo Junco García

Recuerdo haber escuchado muchas veces que el olfato es el sentido más fuerte y el que más perdura en la memoria, sin embargo, para mí nunca ha sido fácil recordar los olores. Mas allá de los aromas culinarios y las lociones de personas cercanas, suelo pasar inadvertidos los hedores. A pesar de mi poca habilidad olfativa es inevitable notar que a partir de ciertas esencias se construyen relaciones sociales y es justamente en derredor de los aromas, la raza y la sexualidad que la autora puertorriqueña Mayra Santos-Febres construye su cuento “Marina y su olor”, presente en la antología *Pez de vidrio* (1996). En dicho relato se cuenta la historia de Marina, una niña negra que empieza a entrar en la pubertad y tiene la peculiaridad de expirar los aromas de lo que cocina y siente. Ella usará esta habilidad para sobreponerse a las adversidades en la búsqueda del amor de Eladio Saloman.

Si bien la narración nos centra en la historia de amor de la protagonista, considero que el gran valor de la obra reside en la manera de representar los prejuicios de la sociedad puertorriqueña e incluso latinoamericana. La presente reseña es un esfuerzo por dar cuenta sobre cómo los procesos de subversión se pueden llevar a cabo en la literatura, dando voz a los grupos oprimidos y creando una nueva forma de representación en el imaginario colectivo, que responde a la diversidad cultural, en este caso, del Caribe afrolatino. La académica Carmen Rivera en *La celebración de la identidad negra en “Marina y su olor” de Mayra Santos-Febres* realiza un recorrido a grandes trazos sobre la representación de las mujeres negras en la literatura puertorriqueña:

En el que se considera uno de los textos fundadores de la literatura puertorriqueña a mitad del siglo XIX, *El Gíbaro* (1849), Manuel Alonso incluye una crónica anecdótica titulada “La negrita y la vaquita”. En el mismo, unos jíbaros le obsequiaron al General español de turno una vaca y una mujer negra para que le sirviera de nodriza a su hijo. Al escuchar la aprobación de un médico, el General determinó que no podía decidir cuál de las dos sería mejor para la tarea. La animalización del sujeto negro en lo que se considera el pilar de la literatura puertorriqueña es evidente. Casi un siglo más tarde, el dramaturgo Francisco Arriví problematizaría el prejuicio racial en Puerto Rico en su obra *Vegigantes* (1953), con la cual pretendía destapar los prejuicios contra los orígenes africanos, representados en una abuela negra que es ocultada en la cocina para que ningún visitante se entere de que la familia es mulata. Una década más tarde los escritores de las generaciones del sesenta y del setenta, respectivamente, iniciaron conscientemente la problematización del prejuicio racial en nuestra sociedad (Rivera, 2004).

Lo que plantea Rivera es el rol social en el que se ha encasillado a las personas negras en los discursos de poder que obedecen a una ideología dominante, heredada de la colonia y, por ende, racista. Mayra Santos-Febres altera estos roles en un esfuerzo literario por reivindicar a las mujeres negras oprimidas.



En este sentido, el cuento destaca por la subversión de los valores que presenta. Aunque podríamos identificar a Marina como negra y a Hipólito como blanco, el relato nos presenta a las familias en el marco de un mestizaje, pues Marina es la nieta de una española “venida abajo” y la madre de Hipólito tiene un gusto particular por la yuca guisada con camarones, un plato representativo de la cultura gastronómica afrocaribeña.¹

Uno de los puntos a favor que desarrolla la autora es la sutilidad con la que describe rasgos importantes de la sociedad. Para nadie es un misterio que la sexualización de la mujer constituye uno de los aspectos más claros de las sociedades patriarcales; en el relato Marina, al empezar la pubertad, empieza a ser sexualizada y aparentemente corre un riesgo, razón por la cual la madre decide enviarla a la casa de los Velázquez. La siguiente cita da cuenta de ello:

A doña Edovina le empezaba a preocupar el efecto de Marina en los hombres, en especial, la manera en que lograba despertar a don Esteban de la silla de alcoholico en la cual se postraba todas las mañanas desde las cinco [...] Ya Marina tenía trece años, edad peligrosa (Santos-Febres, p. 44).

Decisiones narrativas como que la protagonista sea mujer, tenga un don para exhalar esencias, sea capaz no solo de sobreponerse sino de elegir a su pareja afectiva e incluso tener capacidad decisoria a tan temprana edad son algunos de los rasgos que hacen a Marina un personaje subversivo, pues invierten el rol común de la mujer negra en los discursos racistas que solían representar las literaturas latinoamericanas.

En cuanto a Hipólito, se ve retratado de manera satírica y carnavalesca,² debido tanto a sus actitudes como a los olores y las situaciones entrelíneas de la narración; en el siguiente fragmento podemos observar cómo el tono burlesco se hace presente a través de los olores que desprende:

Hipólito Velázquez, hijo, no le gustaba nada a Marina. Ella lo había sorprendido respetándose la verga, la cual despedía un olor a avena con moho dulce. Ese era el mismo olor (un toque más ácido) que dependían sus calzoncillos antes de lavarlos. Era seis años mayor que ella, enclenque y amarillo con unas piernas famélicas y sin una sola onza de nalgas (Santos-Febres, p. 46-47).

En este personaje los valores también se subvierten, ya que como representación de la blanquitud lo común sería que la belleza, el amor o el encanto fueran sus atributos, en cambio, la frustración amorosa y el rechazo se hacen presentes en él.

Por último, cabe recalcar la originalidad en el tratamiento del cuento. Cuando se piensa en relatos sensitivos en la literatura, el referente universal suele ser *El perfume*, de Patrick Süskind. Dentro del canon latinoamericano se tiene presente *Como agua para chocolate* de Laura Esquivel, obra que, si bien es escrita por una mujer y narra vivencias femeninas a través de sus personajes, a los cuales también dota de un poder culinario a través de la sensibilidad, aún

conserva los valores normativos de la sociedad, por lo cual el sentimentalismo es relacionado con la mujer y la cocina como un espacio de refugio. Mayra Santos-Febres, por su parte, hace de la cocina un espacio de creación y reflexión, como el cuartel en el cual Marina experimenta y explora las esencias que puede crear y le sirven de herramienta para su liberación. Por todo ello, el cuento *Marina y su olor* de Mayra Santos-Febres posee un mérito literario en cuanto a la subversión de los valores coloniales y la originalidad en su construcción literaria.

(1) A través de la gastronomía se pueden observar procesos de diálogos culturales. Carolina Jiménez en su artículo *Nuevo mundo, diversidad y gastronomía del Caribe sur costarricense* relata cómo la sazón afro de Puerto Rico es heredada por esclavos migrantes, principalmente jamaquinos, quienes experimentan recetas con los alimentos propios del continente latino, tales como el chile o la yuca. Rivera también menciona este aspecto, nombrando la receta yuca guisada con camarones como plato típico de la isla.

(2) Rivera comenta al respecto de esta sátira de la blancura: “Nombres como los de Luis Rafael Sánchez, Ana Lydia Vega y Edgardo Rodríguez Juliá componen ese grupo que desmitificó por medio de la ironía desacralizadora y la parodia carnavalesca la supuesta blancura homogénea de la sociedad y cultura puertorriqueñas. Pese a ese prolífico intento, los roles protagónicos no fueron pensados para el realce y la celebración de la subjetividad negra. No ha sido sino hasta hace muy poco que Mayra Santos Febres, joven escritora, distinguida investigadora y profesora de la Universidad de Puerto Rico ha venido, a nuestro juicio, a resquebrajar directamente los discursos que alimentaban dicha ausencia”.

Bibliografía:

- Santos-Febres, M. (1996). *Marina y su olor* en *Pez de vidrio*. Ediciones Huracán.
- Rivera Villegas, C. (2004). La celebración de la identidad negra en “*Marina y su olor*” de Mayra Santos-Febres. *Espéculo*. Revista de estudios literarios. 27. Disponible en: <https://webs.ucm.es/info/especulo/numero27/marina.html>
- Jiménez, C. (2015). *Nuevo mundo, diversidad y gastronomía del Caribe sur costarricense*. *Revista Herencia*. 28(2). pp. 93-106.

Amanece, suena “Una cruz de madera”, frente a las primeras luces un borracho recita

Por Aziz Córdoba



Canta la mañana
y sus acordes
de viva porcelana
exhalan una luz demoledora

quién tuve que ser
para contemplar esta escena
cuánto tuve que sufrir
para agradecer
la sutil cadena
de sangre carmesí
amarrándome a este cuerpo

madre
padre
les he fallado
pues no moriré de pena
y nada soy salvo este deleite
de diluirse de pronto
dejadamente entre hojas de jade

abandono estos ojos
que ustedes hicieron con el cuidado de las bestias
con la saliva más amante
ya no pienso reclamar mi nombre
pues sé en el fondo que me llamo árbol,
perro y bicho
ya no pienso cargar este lastre
pues sé en el fondo
que no lo puedo todo
y la fuerza es una ilusión embriagante

amor quiero decir amor
pronunciarlo con las tripas
y en un lenguaje nuevo
donde no existe el engorroso recelo
y para decir: yo
haya que decir: planeta



Sueños en las noches de tormentas

Por Hugo Díaz

Desde la cama lo vio cruzar la puerta, mastodónico e insustancial a la vez. Daba el efecto de los recuerdos. Mateo soltó la poca leña que había encontrado y cerró la hoja de madera con llave y gancho de hierro como si el viento de afuera se hubiera envenenado. Con languidez, pero sin tristeza, dijo que ya estaba encima de ellos. Los meteorólogos aseguraban que la lluvia intensa duraría entre diez y doce días. El cambio climático ya no era sorpresa ni provocaba consternación, la noticia se generaba en el tiempo que persistiría la sequía o los aguaceros.

La pequeña cabaña se encontraba en una abrupta ladera que, mirada con distancia, era el simulacro de una nube estática, grisácea y espesa enmarcada en un elevado desfiladero. Ana, reclinada sobre algunos almohadones, tampoco experimentó aflicción alguna cuando Mateo anticipó lo inevitable. Sólo se tocó el vientre con requiebros y sonrió tratando de amplificar el sentimiento. Él captó los movimientos de ese silencio y se acercó a ella, le susurró que después de la tormenta estarían en un lugar mejor y más espacioso.

La hambrienta salamandra que tragaba leña sin parar estaba a corta distancia de la cama, y detrás de ellos, una diminuta ventana que no se abriría hasta que se manifestaran los primeros rayos de un sol crudo y sonrosado. Para llegar al baño había que rodear la mesa con las dos sillas. De a poco, el crepitar de la estufa fue absorbido por el ruido marcial de la lluvia golpeando la cabaña. Mateo miró el reloj

del celular sin cobertura, era para lo único que servían los teléfonos hasta que pasara la tormenta. No era tarde, pero se acostó junto a Ana y fue durmiéndose respirando el vapor del aguacero.

Lo primero que vio Ana al despertar fue a Mateo haciendo café y tostadas encima de la salamandra encendida. Se abrigó y caminó al baño. Al regreso preguntó cómo se llamaban los rayos solares que atravesaban las nubes. Él, alcanzándole una tostada con mermelada, respondió que solían denominarse rayos crepusculares y se hacían visibles debido a las partículas de polvo o agua, dando un efecto de rampa. Ana creía recordar que también tenían una connotación religiosa. En su juventud, obedeciendo al mandato familiar, sus padres católicos practicantes la metieron a estudiar Teología, aprendizaje que se esforzaba en olvidar. Dijo que había soñado con esos tubos lumínicos que llegaban hasta una laguna de aguas quietas y escuchaba como si granos de maíz ascendieran por ellos petrificando lentamente el agua amarronada; Mateo contestó que el ruido de la lluvia seguramente había influido en sus sueños. Mientras que ella bebía el café y el suplemento vitamínico, él se reclinó en la silla, tomó el libro de medicina y empezó a leer.

Cerca del mediodía, Ana dejó la revista de moda a un costado de la cama y se acercó a Mateo que empezaba a cocinar. Tomó el cuchillo y corrigió los movimientos para cortar los trozos de zanahoria y apio, él la dejó hacer, se secó las manos y de una mochila negra sacó una fotografía. En ella había un chico de pelo rizado, pecho potente, con una rodilla levantada y expresiones solidificadas a la urgencia; su mirada se fijaba en una pelota de fútbol suspendida en el aire. Se la enseñó a Ana que, pletórica,

describió la sonrisa angelical y el semblante cándido del púber, honrando no sólo a su pareja sino también al bebé que esperaba. Él le habló del momento de la captura de la foto y ella experimentó un pasado común que los unía aún más.

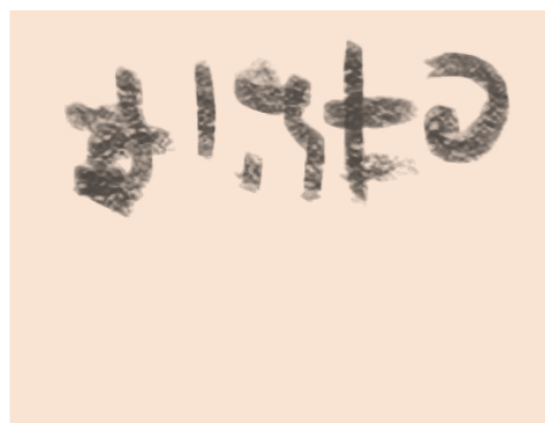
La quinta noche de lluvia la despertó el mismo sueño de los rayos crepusculares emitiendo un escandaloso sonido de maíz ascendiendo, y sumado al vértigo de los ojos abiertos en la oscuridad, hizo que se pegara más al cuerpo de Mateo, quien al poco tiempo se levantó sigilosamente sin que ella lo notara. De uno de los bolsillos de la mochila negra sacó un paquete de cigarrillos de diez que sólo contenía dos. Tomó uno y lo olfateó deseoso. Miró la estufa encendida por unos segundos y dejó el tabaco en su lugar.

Días después Ana aguantó algunos dolores mientras Mateo recordaba las vacaciones de años anteriores en el bosque, en pleno temporal de nevadas. Aquella cabaña era más grande y tenía una ventana donde los amaneceres se reproducían, en primera instancia, azules de llamas de gas, para tonificarse en celestes diáfanos. Una mañana, mientras ella dormía, había visto un ciervo algo famélico que al parecer buscaba comida. Había salido y lo había seguido hasta un claro donde el animal se detuvo a comer hojas verdes y fuertes. En ese momento, numerosas águilas habían atacado al distraído animal dándole muerte en corto tiempo. Evocó que sólo había podido retroceder y mirar desde lejos ese reclamo de dominio de las especies en el desorden ecológico que estaban viviendo.

Ana mencionó que ese día lo había visto entrar raudamente y con los gestos como paralizados, fumando. Y preguntó si tenía deseos de fumar, sabía que desde que lo dejó de vez en cuando encendía uno a escondidas. Él lo negó con la cabeza y le recomendó que se fuera a la cama a descansar, pues se hacía tarde.

Despertar fue como si la realidad se hubiera amontonado súbitamente en la mancha de sangre de las sábanas que tenía entre las piernas. El dolor punzante la hizo lanzar quejidos finos, incompletos y verticales. De un salto Mateo se incorporó y encendió todas las luces. La examinó y rápidamente dijo que debía llevarla al hospital, en la cabaña no tenía cómo tratarla. Ella se negó diciendo que estaría todo inundado, podía esperar un poco, estaban en el décimo día, la lluvia cesaría en cualquier momento; pero él se vistió y, con voz endurecida, prometió que volvería pronto y con todo lo necesario.

No tardó en experimentar la piel tensa y ardiente. Los dolores se intensificaron. Percibió la luz de los faroles cruda y acuosa que aparentó neutralizar sus movimientos. Dejó de sentir el peso del vientre, todo se volvió volátil. Imaginó a Mateo abriéndose paso entre desaforados animales hambrientos. Se secó las lágrimas con las sábanas. El silencio pareció caer del techo. Pensó que la lluvia por fin había cesado. La tranquilizó escuchar la voz blanda de Mateo como un sueño débil o un recuerdo. Al instante, un ruido de maíz ascendiendo la entumeció, y el dolor y la respiración se detuvieron.

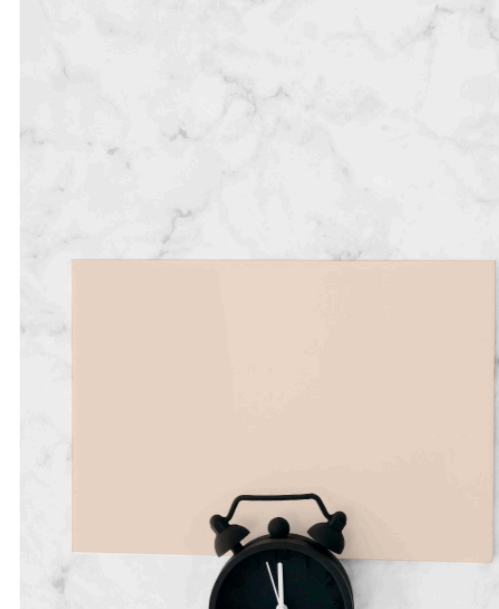


Calma

Por Alberto Quero

He aprendido a no temer la calma,
sino a convertirla en un tiempo de puentes
que pueden cruzarse sin resquemor.
Normalmente, durante las horas huérfanas
me quedan las idas y venidas
sobre veredas que solamente yo he recorrido
y algunas melodías sin nombre:
cosas invisibles entre el humo de los días.
Busco refugio frente a mí mismo,
quemo disfraces,
me adhiero al suelo,
hago malabarismos, acrobacias,
trato de conjurar el calor del mediodía
y las jaquecas que lo preñan,
todo lo áspero:

quiero creerme incapaz de encallar.



Minúsculas pequeñeces chiquititas

Por Ana Laura Bravo



Compartíamos una esquina. Al principio lo confundí con un montoncito de basura de esa que se acumula sin que uno se entere y que en las penumbras cobra formas familiarmente monstruosas. No habría reparado en su menuda existencia de no ser porque un día me acerqué demasiado y me dijo que lo había pisado. No me disculpé. Lo miré: aunque era un poco más pequeño se parecía a mí. Consideré matarlo en ese instante, pero al final retrocedí hasta mi lado de la esquina.

Si soy honesta, me dio lástima. No suponía una amenaza, aunque sí podría serme útil más adelante, a lo mejor en invierno, cuando la comida escaseara. Por lo pronto, lo dejaba compartir lo que pescaba: presas menuditas, tan miserables como nosotros pero suficiente alimento para los dos.

Pasábamos los días en casi absoluta quietud. A veces sólo tratábamos de no ser vistos. Nos borroneábamos en el color de la pared, entre sus sombras y relieves, dormitando entre una comida y otra. Sin embargo, manteníamos una vigilancia permanente: yo lo observaba a él y él a mí. También cualquier movimiento cercano, y de vez en cuando la televisión, aunque no entendía mucho de sus colores brillantes. Me hacía sentir incómoda o, más bien, ignorante porque a pesar de mi excelente visión no lograba comprenderla. Lo único que me gustaba de ella era que su luz atraía a las polillas.

Incluso con tanto qué vigilar, si entraban en la habitación, nos concentrábamos en ellos. Eran demasiado grandes para ignorarlos, aunque rogábamos que ellos nos ignoraran. Los había visto atacar y matar a otros con tal facilidad que, cada vez que uno se aproximaba, me encogía y sentía mi cuerpo temblar como si una mente secreta le susurrara que podíamos ser aniquilados en cualquier momento.

También él les tenía miedo. Una vez, después de que uno de ellos salió de la habitación me confesó, porque no podíamos dialogar de otra manera, que en cierta forma los odiaba, no por ser grandes y peligrosos, sino por ser impredecibles. ¿Qué es lo que quieren, por qué están aquí?, me preguntó. Yo tampoco lo sabía, pero había una pregunta que me inquietaba más: ¿Por qué nos concedían vivir? Tenía que ser intencional después de vernos tantas veces, de presentir que se referían a nosotros cuando señalaban nuestra esquina y luego, quizá por simple apatía, nos dejaban quedarnos un día más. Sé que lo harán, continuó diciendo, más para sí mismo que esperando una respuesta. Tarde o temprano terminarán con nosotros, ni siquiera necesitan una razón para hacerlo. No dije nada. Para mí se trataba del pacto más antiguo y franco de la naturaleza, si acaso también estaban sometidos a ella: mientras no los molestáramos nos dejarían en paz.

No sólo eran enormes, eran horriblos. Ni siquiera si hubiera podido cazarlos me habrían parecido apetecibles y, al parecer, gracias a las coincidencias, nosotros tampoco estábamos en su cadena alimenticia. A veces los miraba cubrirse con capas y más capas de piel falsa y entendía, o creía entender, que incluso ellos sentían asco de sí mismos. Resultaban tan incompletos, interminados, como amputados de la mitad de su cuerpo. Sus manos, en cambio, si me detenía a contemplar esa mínima parte de su anatomía y conseguía ignorar el resto, inspiraban cierta familiaridad y casi ternura, en especial cuando las dejaban quietas a su lado o tamborileaban los dedos suavemente contra la ventana.

Nunca dejaron de asustarme, pero hubo un momento, no supe exactamente cuándo, en que me descubrí ansiosa, esperando que aparecieran para poder observarlos un poco más. Observaba sus cosas, la piel que se desprendían y volvían a ponerse sin mucho esfuerzo; la televisión que parecía ejercer

en ellos una atracción similar a la de las polillas y que, además, sólo se iluminaba cuando ellos la tocaban; los restos de las cosas que comían y no se terminaban.

Cuando admití que me daban curiosidad, él me dijo que estaba perdiendo la cordura. Que me mudara al jardín. Que necesitaba alejarme de ellos para dejar de alucinar que sus manos eran una prueba de que, de alguna forma incomprensible, estábamos vinculados. Este es mi lugar, contesté, Estaba aquí antes que tú, así que si alguien debería marcharse no soy yo. Me alargué un poco y él se empequeñeció todavía más en su rincón sin atreverse a discutirlo. No se quedó mucho más.

En invierno, uno de ellos comenzó a dormir en el sofá frente a la televisión. Después de observarlo algunas semanas y comprobar que dormido era inofensivo, comencé a hacer pequeños acercamientos. Al principio me contentaba con mirarlo de cerca. Luego comencé a recorrer la geografía llena de pliegues y montañas que era su cuerpo, inerte, casi muerto. De vez en cuando intentaba morderlo, aunque mis colmillos no lograban atravesar la grosura de su piel. Nunca me ha gustado la violencia, pero esto solía ocurrir si se movía repentinamente y me tomaba por sorpresa. El resto del tiempo me contentaba con sentir su calor y los bellos casi invisibles que cubrían su piel y me recordaban tanto a mí misma.

Cuando él se marchó confesó que no podía soportar mi comportamiento. Que no me entendía. Había considerado aparearse conmigo, pero cada vez le recordaba más a ellos, como si el contacto me impregnara de lo que eran. Quizá sea una pequeñez, pero simplemente no puedo —agregó— creo que tengo fobia a los humanos.

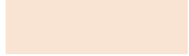


Hay un muerto debajo de mi cama

Por Luis Cuadros Falla

hay un muerto debajo de mi cama
 no sé si encenderle velas
 ponerle flores
 o un plato de comida
 por las noches
 sale a caminar
 y no le teme a la lluvia
 ni a la oscuridad
 de sus ojos
 caen estrellas
 sentado
 a la orilla del lago
 parece cantarle a la luna
 con sonidos que asemejan
 el crujir de la madera
 en la fogata
 a veces no vuelve
 hasta muy entrada la mañana
 y lo extraño
 me pregunto en qué bar
 habrá dejado
 su ausencia
 y por fin aparece
 con su triste andar
 yo me hago el dormido
 como si no escuchara
 el pavor del mundo
 él se desliza suavemente
 para no despertarme
 y en silencio murmura:
no recuerdo el sabor de los besos

debe ser duro
 no recordar
 el amor
 no recordar
 el sabor del amor
 por eso
 no digo nada
 por eso dejo
 que su frío silencio me envuelva
 y a veces
 que acerque su rostro al mío
 la primera vez tuve terror
 luego entendí
 que no cualquiera
 tiene un muerto debajo de la cama
 que no cualquiera
 tiene alguien
 a quien amar
 o esperar de madrugada
 a quien ponerle flores
 o velas o un plato de comida
 alguien
 a quien extrañar
 aunque no sepa
 que ha muerto
 ni que vive debajo de la cama



La erupción del principitín: *Happy endings*¹

Por Francisco José Casado Pérez

¿Es un final feliz o un final triste?, pregunta el icterico y calvo gordinflón. Su esposa replica: Es un final y basta. Las novelas, y seguido, películas y series, se estructuran linealmente desde la irrupción de un inicio, la deriva de su desarrollo hasta su final, giro epistémico de la propia finitud biológica: nacer, crecer, reproducirse y morir. Sin embargo, el punto medio entre el desarrollo y la descendencia ha sido objeto de variopintos cuestionamientos y reconfiguraciones desde mediados del siglo XX, por las identidades de género, preferencias sexuales, el feminismo, las maternidades/paternidades, la planeación familiar, junto a otras vicisitudes del siglo como el poder adquisitivo, los tradicionalismos, entre otros. Al ser un hecho bipartito, conocer al otro significativo se ha vuelto un proceso sin certezas ni garantías; como se dijera entonces: “La vida es una tómbola tom-tom-tómbola”.² Poco ha cambiado de eso.

Las relaciones amorosas, más en concreto, el romance, la sub-temática más predilecta del arte a representar sobre cada formato habido y por haber, desde la antigüedad hasta el tweet. Dijo Nick Cave: “Es muy bella esa idea de que nosotros mismos creamos nuestras catástrofes personales y que son las fuerzas creativas de nuestro interior quienes las instrumentan. Todos tenemos necesidad de crear, y la tristeza es un acto creativo” (2009: 19). No obstante, en relación a su contraparte, el desamor, piedra angular de la industria creativa, las condiciones son muy igualadas, apenas por un poco de nada la balanza se inclina hacia lo segundo. Queda claro que enlistar ejemplos sería un ejercicio interminable y a pesar de ello se continúan sumando más, debido a que, en justa medida, es uno de los testimonios más a la par de la propia evolución humana.

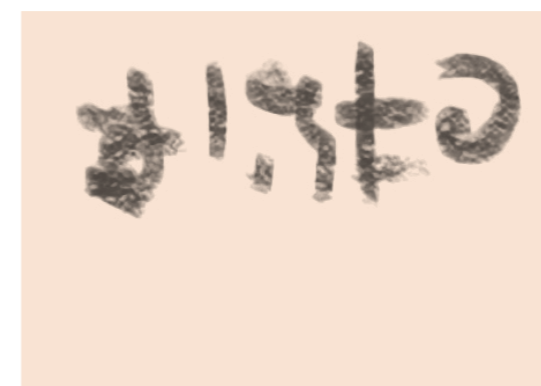
Los avatares son casi en su mayoría el tema central de conversaciones y chismes, hecho que entonces no debería extrañarnos ver reproducido en otros formatos y el caso de Jessica J. Díaz con *Happy endings* (2018), publicado por Matadero Editorial, no es la excepción. En consecuencia, los arquetipos tienen utilidad para todos los bandos, se acoplan a cualquier situación y propósito; para Jessica, el príncipe azul es la figura de un hombre (a quien censuraremos con una barra negra sobre los ojos) que se alza sobre el paisaje, representando un papel volátil en lo profundo de su núcleo volcánico. Es una bomba de tiempo a escasos segundos de estallar y cubrir todo de lava, ceniza, desolación. Un final que sólo será eso y punto.

Sobre páginas atrevidamente azules —gran acierto editorial— que refuerzan la idea central del príncipe zarco, Jessica divide *Happy endings* en segmentos: “Ese, mi príncipe (variaciones sobre el príncipe azul)”; “El príncipe (cito)”; “Happy endings”; “El final feliz no”; “Sobre ciertos finales”; “Love” y “Epílogo”. Y unifica cada apartado con poesía mínima, prosa, referencias literarias y cinematográficas, ade-

más del recurso del inglés (Jessica es originaria de California, E.U., residente en México) para generar una atmósfera irónica sin soltar su carga sentimental porque, seamos honestos, después de la ilusión no es sano quedarse con ese resabio, es mejor expulsarlo. “Príncipe azul / (presente) // Te pienso. / Gracias por / arruinarme. / Para ti, estos poemas” (Díaz, 2018, 15). He aquí el poder de nombrar.

Si bien la estructura general de una historia amorosa comienza cuando uno conoce al otro, entre interacciones, citas y risas, hay más citas hasta que alguno da el primer paso, el primer beso, la primera relación sexual. Este último sería el *Punto de no retorno*, donde se abren los sentimientos hacia el inevitable punto de inflexión de preguntar: ¿qué se es?/¿qué se quiere del otro?: “Dijiste no, no quiero, yo sí, no, por qué, dame una razón, yo quiero, no quiero estar contigo, no puedo, me citaste en la librería, aquella... no estamos enamorados, pero no podría, como si hubiera algo simbólico, no tenerlo, sí, lo quiero, sí, yo sí, yo no... convénceme” (*Ibíd.*, p. 45). Razón y motivo se entremezclan entre discurso y acción, una vez que se toma una decisión, queda en la boca un sabor tan bien conocido por muchos que lo habrán sentido antes.

hoy supo qué es el dolor, / le cortaron las uñas y entonces, igual que en una tragedia / shakesperiana o de / Eurípides revisitado lloró tanto que / le salió una lágrima, se puso amarillo, / le bajó la presión, / casi se desmaya o eso / parecía / Werther no / lo hubiera hecho igual, no, / de ninguna / manera (*Ibíd.*, p. 78).



¿Y el final? Sólo es eso y ya. Ya en serio. Hay una cierta belleza dentro del abrupto y críptico final de *Happy endings*. En primer lugar, no es exactamente como se idealiza el concepto. Hay algo de felicidad en la pérdida; una sensación de alivio, otra oportunidad de dar cuenta que el mundo no termina, cualquiera, pero no entregado mansamente a la mordida del lector. El entrecruce del sismo del 2017 que afectó gran parte de la Ciudad de México es en gran medida la razón de esa extraña presencia de lo volcánico en el poemario de Jessica J. Díaz, debido a sus características tan equivalentes: son extraordinarios y, por consiguiente, inesperados, pero ello no impide el hecho de que no puedan ocurrir de nuevo: “El volcán monogenético solo hace erupción una vez. / No se apaga” (*Ibíd.*, p. 94).

El éxito de cualquier obra, no necesariamente hablando del terreno económico, radica en la medida en que el autor no “habe” tan de frente en ella, al contrario, su ausencia agujera un photocall donde cada lector puede colocarse dentro del discurso. En la dupla amor-desamor, en este momento me referiría al rapero Tyler, The Creator, con sus trabajos discográficos *Flower Boy* (2017) e *Igor* (2019); puntualmente en el primero, con la pista Sometimes... donde al final se escucha: “What song you wanna hear?” y Tyler responde: “The one about me”. No obstante, para el caso de *Happy endings* habría que acercarse entre *Gone, Gone / Thank you*, así como *I don't love you anymore*; pero la gran diferencia está en la insistencia en *Are we still Friends?*, en comparación con Jessica y su decisión de salir de aquella erupción y andar nuevamente el camino.

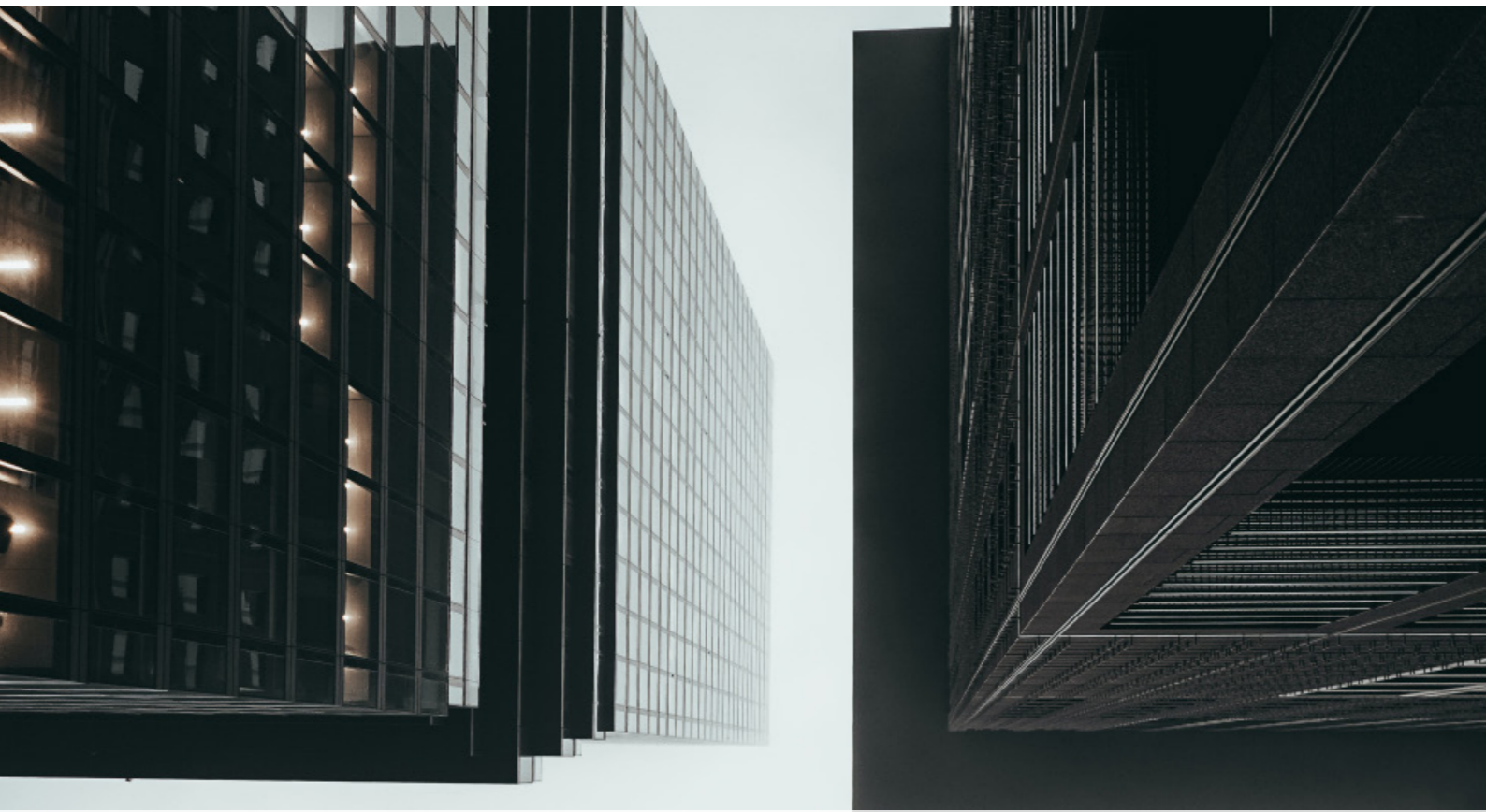
No dejará de haber expresiones artísticas sobre los principales temas humanos, que encabezan el amor y el desamor porque como se dijo antes, son tan complejos como la propia especie de su creador. En tanto ficción tiene cierta carga real, al menos hasta cierto nivel. Entiendo ambas partes en *Happy endings* porque en algún momento tuve mi rostro en uno y otro marco de la imagen. Hasta este momento comprendo que, por un lado, la comunicación, especialmente el autoconocimiento, son indispensables para saber qué querer con uno mismo y con el otro; por otro lado, sucede algo similar: uno debe tener en cuenta que hay también límites propios. No es fácil, lo sé de primera mano y me queda más claro después de esta obra de Jessica J. Díaz. Aprovecho para disculparme por los inconvenientes con quienes compartí la misma imagen; sin embargo, esto no cambia el estado actual de las cosas, no todo puede ser igual de fantástico que la primera secuela de Shrek o Terminator. Hasta la vista; lo que fue, fue.

(1) Díaz, Jessica J. (2018). *Happy endings*. Matadero Editorial.

(2) Creación del compositor catalán Augusto Algueró Dasca (1934-2011), que fuera interpretada primero por la actriz y cantante Marisol y años más tarde por Jhonny Laboriel, Monna Bell, entre otros.

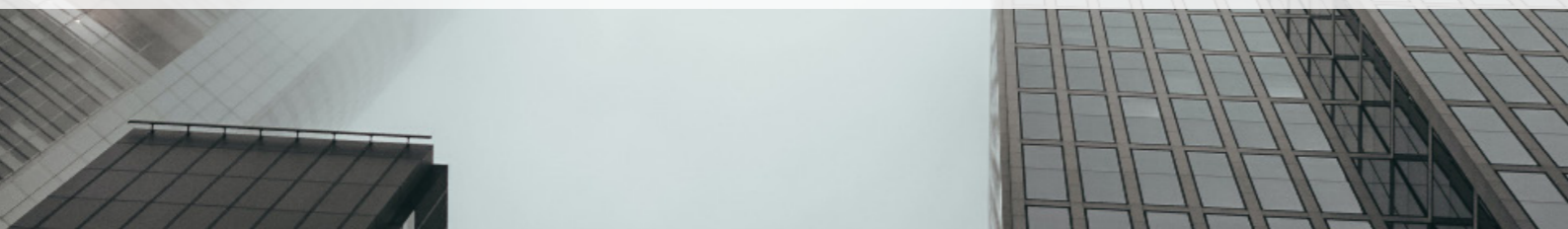
Bibliografía

- Díaz, Jessica J. (2018) *Happy endings*. Matadero Editorial.
- Cave, Nick. (2009). Sobre la canción de amor. *Diario de Poesía*. 22(78). <https://ahira.com.ar/ejemplares/diario-de-poesia-n-78/>



La dorada libertad

Por Juan González Repiso



Hay un anciano, míseramente jubilado, que tiene la costumbre de ir al Liberty State Park para fumarse un puro, de esos pequeñitos, a escondidas y, de camino, meditar sobre la inconsistencia de las cosas y otras nimiedades por el estilo. Eso sí, no soporta que su banco habitual esté ocupado; cosas de jubilado y de la edad —está claro—, porque se inspira mejor en sus digresiones si se siente en su sitio, como si cada uno tuviéramos un lugar predestinado para filosofar a nuestro antojo.

Y se pone a observar, entre calada y calada, la silueta verdosa de la Estatua de la Libertad. ¡Qué carajo! —piensa—, ¡qué más da si la que sirvió de modelo para la efigie fue la madre de Bartholdi, el escultor, o Isabella Boyer, su presunta amante y, por cierto, heredera del industrial Singer, el de las máquinas de coser. ¡No pega nada! —razona—, ¿una duquesa, una potentada para tan libérrimo símbolo? Aunque, eso sí, tiene claro que en cualquier caso tenía que ser una mujer, aunque no sepa exactamente por qué; una intuición. En el fondo, aún le cuesta reconocer que es un irreverente iconoclasta.

Más tarde, se va calentando y, confuso, se pregunta si aquel Imperio en el que vive —sobrevive sería el término más exacto— no oculta con tantos emblemas, insignias, distintivos y banderas la obscenidad de tanta guerra absurda, la indecencia de apoyar las dictaduras más sanguinarias, aquellas dos bombas criminales y el escándalo de imponer el sistema más injusto, tanto a los partidarios como a los empadronados en la utopía contraria.

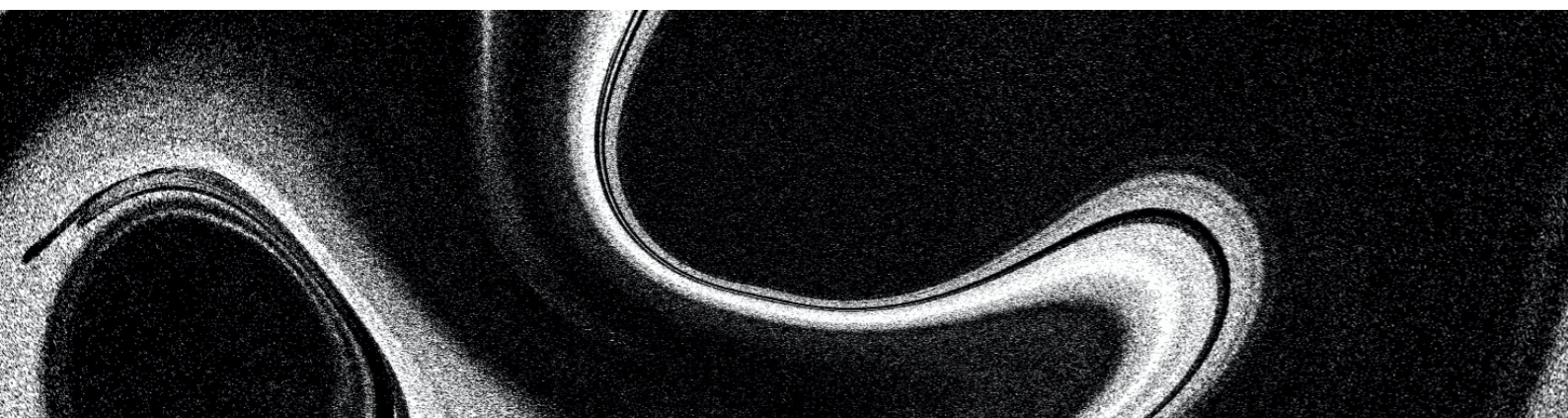
Pero, qué carajo, si el de libertad es un concepto complejo, ininteligible, inacabado, tal vez —piensa apurando el puro con tristeza—. Sí, sí... facultad de hacer o de obrar, dejar de hacer si te da la gana, no ser esclavo, no estar subordinado a un imbécil, no estar preso, estar exento de deberes y regalado de derechos. En esa amalgama de ideas se entretiene apoltronado en el banco con los labios fruncidos. Y niega con la cabeza cuando se acuerda de que un presidente, ese que se ha inventado una América Boreal a su imagen y semejanza, alentó el asalto al mismísimo Capitolio. ¡Ahí queda eso! —se dice en un soliloquio con la única persona del mundo que lo entiende, y más enfadado aún, si cabe—.

Entonces tira la colilla, la pisa con rabia y suspira derrotado. Ya son muchas semanas de venir y ponerse a pensar en lo mismo. Que si el tiempo que estuvo sin trabajo, sin seguro médico, el que tardó en ver una nómina con más de tres cifras. ¡Libertad!, ¡qué carajo! —masculla—. ¿La libertad de la supervivencia de millones frente a la insolente opulencia de unos cuantos mentecatos? ¿La libertad de que te manejen los medios de comunicación como a perritos amaestrados? ¡Esa sí que es buena, señores!; votantes en manada, que viven puerta a puerta con el apuro y la necesidad, dan su voto a los que matan por eternizar el desequilibrio tan común en nuestras ciudades. Y se va calentando cada vez más, a punto de encender otro purito, pero se arrepiente a tiempo; otra promesa incumplida la de dejar el tabaco. Ya es hora de volver al metro, de regresar a casa, de abrir el buzón y encontrar facturas y esa propaganda que nos enton-tece cada día más sin darnos apenas cuenta. ¡Hay que joderse!

¡Libertad, dicen! Si casi tenemos que pedir permiso para colocarnos en algún sitio nada más nacer. Que todo está cogido, ocupado, comprado. A esas alturas las pulsaciones le van por encima de noventa, y eso no es nada bueno para la hipertensión; todo el mundo lo sabe. Por eso, porque se conoce, hoy tomó descafeinado en el desayuno.

Cuando llega a ese punto es cuando se pone a recordar, ya casi histérico, las cosas que le dicen por el barrio y por su casa sobre su ácido radicalismo y su larga ingenuidad. ¡A la mierda! —espetta—. Yo sí puedo ver con claridad cómo nos han metido a todos, con un calzador bien grandote, en este capitalismo de caverna que es el timo del milenio. Y me dicen distópico y neurótico, joder, y otras tonterías por el estilo —indignado, escucha en su cabeza golpes de los latidos de las mil preguntas que se hace y responde como para confirmar que nada falla en su diagnóstico—. Que libertad, sí, faltaría más, pero siempre de la mano de la justicia y la ecuanimidad. Que no hay nada más insoportable que una balanza desequilibrada, ¿o no? Así que no cambiaré de idea porque muchos estén políticamente ciegos, ni pensarlo. Estoy contra la miseria, contra el vivir atemorizado, contra la injusticia, las hipotecas a largo plazo, las jaulas invisibles y de una libertad, qué carajo, que está diseñada a la medida de unos cuantos.

Así, algo más desahogado, termina su mañana en el parque, su escapada semanal y vuelve por calles repletas de gente que no saben lo que él ha estado pensando. Al llegar al portal saluda con un amable buenos días al vecino del tercero, que observa curioso esa risilla inexplicable con la que acompaña su salutación cada vez que te cruzas con él. Su mujer, al verlo entrar le pregunta: ¿Qué tal hoy la Estatua de la Libertad? Él contesta irónico y aparentemente indolente: ¡Hueca!



Presagio sigiloso

Por Damián Andreñuk



Ilustración por Ansa Mustafa

Yamila,
 cuando intente seducirte la codicia
 con hábiles anzuelos transparentes,
 cuando exhales la tristeza desde tu corazón
 en medio de una charla cotidiana,
 cuando te encuentres abrumada por las inconsistencias
 de toda realidad
 y combatas a una diosa siempre hambrienta
 y sus lúgubres acechos para deshabilitarte,
 cuando quizá bajo tus pasos decididos
 los puentes del amor hacia la salvación
 de pronto, sin motivo, se derrumben,
 cuando el mar y su extensión y su prodigio
 valgan menos que tus manos
 tus sueños o tus lágrimas,
 cuando veas en el declive de tu rostro
 un presagio sigiloso
 del más definitivo exilio,
 cuando te hierva una inocencia desahuciada
 allá en el fondo más oscuro de tu sangre
 y quizá sientas con ardor desesperado
 las lóbregas llamadas del suicidio
 invitándote a borrar tus cicatrices,
 no blandas ni empuñes ni enaltezcas
 el pérfido puñal que esgrime la avaricia,
 no deteriores tu vastísima comarca,
 ojalá nunca te canses de ser niña
 entre cuervos y tigres y palomas.

La lección está más que aprendida

Por Ailton Téllez Campos

Al ver a su esposa afligida por la pérdida de Pablo, el señor Arango propuso que fueran a “Angelitos de consuelo”. Una agencia dedicada a vender la experiencia de la paternidad a parejas jóvenes, a partir de la renta de infantes rescatados de las calles. Sin dudarlo, a la mañana siguiente, los Arango se encontraban reluciendo sus mejores prendas ante Consuelo, la directora de la agencia. Pasaron varios minutos tratando de convencerla de posibilitarles a uno de los desahuciados. Si bien ella sabía del poder adquisitivo que tenían los Arango para mantener a un niño, se encontraba un tanto hostil ante la petición de la insistente pareja. Al final, los Arango lograron que la directora los llevara al patio de juegos, donde escogerían a su próximo hijo. La señora Arango no tardó en señalar a uno de los niños, argumentando con la voz quebradiza que su rostro le recordaba mucho al de Pablito. Después de un rato de convivencia con el pequeño Luis, de tan solo ocho años, los Arango pasaron a la oficina de Consuelo para firmar el contrato de renta, el cual estipulaba que tendrían al niño bajo su protección por un periodo de dos meses.

Durante el primer mes, Luis obtuvo la atención y cariño que nunca había recibido en “Angelitos de consuelo”, y mucho menos en las calles. Aunque la mayor parte de los días el señor Arango llegaba agotado de la oficina, guardaba un poco de energía para la alegría de la casa. Si el clima lo permitía, jugaban fútbol en el patio trasero. O si no, pasaban horas en la sala de entretenimiento, pegados al televisor jugando videojuegos. Por otro lado, la señora Arango, quien pasaba la mayor parte del día con Luis, se dedicaba a enseñarle lo más básico de la lengua inglesa, como los colores y los números. También preparaban recetas de postres que veían en internet, para después irse al cine y atascarse en más chucherías de la fuente de sodas.

Cuando llegó la fecha para devolver a Luis, los Arango estaban perdidamente encariñados con él, por lo que el señor Arango, con dinero en efectivo, fue con la directora Consuelo para ampliar el contrato de renta por seis meses más.



Ansa Mustafa

Ilustración por Ansa Mustafa

Conforme avanzaban los meses, el pequeño Luis empezó a tener actitudes caprichosas con los Arango. Como estaba atiborrado de juguetes, le era fácil romperlos, rayarlos e incluso quemarlos. Sabía perfectamente que, por medio del chantaje, no se le negaría nada. Cuando no le gustaba la comida casera, sin importar que la vajilla fuera valiosa, Luis no dudaba ni un segundo en tirar todo al suelo e irse sin comer a su habitación, pues en la madrugada podía atascarse del postre de la tarde sin que nadie lo molestara. La señora Arango comenzó a cuestionarse lo que había hecho mal con ese niño. ¿Era bueno cumplirle cada uno de sus antojos? O simplemente ¿servía para ser madre? Poco a poco, esas incógnitas brotaban por medio de peleas e insultos entre la pareja. Provocando que el señor Arango decidiera llegar a altas horas de la noche a casa, al estar reviviendo una aventura amorosa que, desde la llegada de Luis, había pausado con una de sus empleadas. Mientras que la señora Arango recaía en los fármacos para calmar la ansiedad.

Sin embargo, una de esas raras mañanas en las que Luis se portaba decentemente, jugaba con la señora Arango a las aventuras con sus muñecos de acción. Luis se había concentrado tanto en mover y darle voz al muñeco de su historia ficticia, que terminó ignorando a su madre. De igual manera, la señora Arango olvidó que estaba jugando con su hijo. Su mirada inexpresiva se había perdido en dirección a Luis, mientras que su mente caía en una espiral oscura que la hacía recorrer ideas perturbadoras. Esto provocó que con la fuerza de su puño tratara de hacer añicos el muñeco que sostenía en su mano. —Sólo es un niño —dijo en un suspiro, reincorporándose con entusiasmo al juego de Luis. Ese mismo día, en la noche, como ya era costumbre, el señor Arango había llegado tarde a casa. Al entrar, se percató de la penumbra que llenaba cada rincón y de un lamento que lo encaminó hasta la cocina. —¿Por qué la luz del refrigerador

te alumbraba? —Gritó con sarcasmo el señor Arango buscando el interruptor—. Podrías usar una de las lámparas para llorar con más claridad. Pero, al encender la luz, su mirada se llenó de inquietud al ver que de las patas de la mesa escurría un líquido rojo, hasta contemplar la cabeza de Luis reposando en un extenso charco de sangre, el cual cubría por igual el pastel con el que, minutos antes de ser acribillado, el pequeño saciaba su hambre. Y, sentada en el suelo, la señora Arango con un martillo entre las manos. Fue ahí donde el matrimonio pasó casi una hora de impetuosa discusión, junto al mal tercio que formaba el cadáver. Después de escupir sus errores y verdades, con la mente fría, los Arango tomaron acción antes de que los primeros rayos de luz se hicieran presentes. Mientras la señora Arango limpiaba la cocina y se lamentaba porque recién la habían remodelado, el señor Arango trataba de enrollar el cuerpo del niño con unas sabanas que estaban por tirar.

A primera hora del día, los Arango se encontraban relucientes en la oficina de la directora Consuelo. Intrigada por la ausencia del niño, con el ceño fruncido, la directora preguntó —¿Dónde lo tienen? —Apenados, sin decir una palabra, los Arango llevaron a la directora al estacionamiento de la agencia, donde al abrir la cajuela del auto mostraron la bolsa de basura en la que se encontraba Luis. La directora llamó a uno de los empleados de limpieza e indicó el traslado del cuerpo directamente al crematorio, ya que los contenedores de desecho se hallaban saturados. Luego de que los Arango costearan una multa costosa por la pérdida total del producto, los tres habían entablado una plática amena. No obstante, antes de despedirse, en un lapso silencioso, la directora Consuelo señaló el vientre de la señora Arango —Me lo tratan bien, eh. —La señora Arango frotó con delicadeza su vientre —Con dos errores la lección está más que aprendida —contestó la señora Arango con una tierna risotada.



El perro, el niño y el frío en la ciudad

Por Fabián Gutiérrez

Asciende la noche tras el horizonte,
diciembre y las calles se van a vaciar.
Desciende el oscuro telón de la noche
al perro, al niño, el frío en la ciudad.

Sentado, harapiento, yace en la escalera
el niño sin nombre de la catedral.
Sin risas, sin cena, sin cama ni escuela,
todo es diferente para este zagal.

Apareció solo, sin nombre ni cuna,
no sabe de dónde ni a dónde va a ir.
Mas desde una noche de menguada luna
aquel cachorrito le empieza a seguir.

Desde aquel entonces son dos que van juntos
y juntos se quitan hambre y soledad.
Si aquel roba un hueso, éste le da frutos,
que a mano estirada gana en caridad.

Comparten el perro y el niño la sombra,
el pan, la cobija y hasta la crueldad
de palos ajenos, mas van sin zozobra,
sus almas hambrientas no tienen maldad.

Y van tan unidos que parecen uno,
que hasta un mismo sueño han de compartir:
sueñan con un techo, que ya no hay ayuno,
un cuento en la noche antes de dormir.

A pata mojada, a dos pies heridos,
descalza la vida han debido andar.
Huellitas con sangre, talones morados,
hurgando basura para merendar.

Veranos furiosos pasan los amigos,
el sol, primavera y su breve bondad.
Mas vuelve el invierno y sopla su castigo
al perro, al niño, el frío en la ciudad.

¡Qué víspera helada! ¡Ya viene la cena!
Regalos y ponche de la Navidad.
Para perro y niño: otra noche en pena.
A los exiliados no llega bondad.

Mañana el festejo del buen nazareno,
otro año que pasa, que pasa sin más.
Mañana dos cuerpos, duros y serenos,
juntitos, sin alma, sin llanto jamás.

Mi ser multimediativo

Por Jajo Crespo

Pude haber sido yo misma, pero sin que me sorprendiera,
lo que habría significado
ser alguien totalmente diferente.

Wisława Szymborska

El ser multimediativo

Hay en mis recuerdos una infinidad dispersa de acercamientos a los medios de comunicación. No se presentan como una interrupción agresiva a la discontinuidad narrativa de la memoria, tampoco son una pausa narrativa ni una secuencia con núcleos independientes. Los medios de comunicación aparecen como voces de fondo: incesante música ambiental que establece los periodos de la memoria. Así, mi secundaria está manchada por la violencia calderonista, mi bachillerato por el recuerdo de cuarenta y tres desaparecidos, y mi primaria por una epidemia de influenza.

El deseo también juega un papel en esa dialéctica del individuo pasivo frente a la cultura mediática y cibernética. Puedo determinar someramente los periodos de mi existencia por eventos individuales o familiares de la misma forma que lo puedo hacer por los deseos que me indujo la mercadotecnia. En sentido pragmático, mi familia entendería igual la frase “Me rompí el brazo cuando pasé a tercero de primaria” y “Me rompí el brazo cuando quería al Max Steel con el Elementor”.



Entonces, si la “realidad” mediática puede generar marcos temporales es indudable que existe una relación íntima entre sujeto y medios, sin embargo, no es suficiente para afirmar la existencia de un *ser* mediático. Desde la propuesta tripartita del ser freudiano, no es problemático pensar la existencia del individuo fragmentado; el verdadero enigma radica en que ser se entiende como una categoría ontológica inmanente. De modo que, afirmar la existencia del *ser mediático* implicaría que los sujetos tienen una dimensión inmutable inherente a los medios de la que no pueden escapar. No obstante, los medios cambian y la forma en que los sujetos se relacionan con ellos también. Pongamos, por ejemplo, a un individuo nacido a mediados de los setenta, este personaje habrá experimentado, para la actualidad, el fin de la posmodernidad y el comienzo de la posverdad; igualmente, el paso de la mediocracia a la infocracia como lo propone Byung-Chul Han, y el paso de la cultura analógica a la cibercultura. De esta suerte, su relación con los medios de comunicación habrá evolucionado y, por tanto, se habrá roto la característica inmanente del *ser*.

Ahora bien, la relación entre el sujeto y los medios cambia, en tanto que estos evolucionan y los intereses del primero también; sin embargo, la relación no se interrumpe. Y, como habrá quedado de manifiesto en el ejemplo anterior, quienes determinan el rumbo de este vínculo son los medios de comunicación. En este sentido, el sujeto es “arrojado” a un mundo donde los medios determinan el interés público y, en el caso de las redes sociodigitales, el privado. Desde la nunca arbitraria selección de primera plana en los periódicos has-



ta la elección psicométrica de las “notas” que aparecen en las redes sociodigitales, el discurso y el interés están regidos por los valores de la cultura multimediática. Además, la generalización pragmática de la cibercultura (desde la necesidad de un perfil en Facebook para enterarse de las noticias institucionales de, por ejemplo, la UNAM hasta *seguir* en Twitter las cuentas gubernamentales para mantenerse al tanto de programas sociales) ha provocado que el sujeto “arrojado” no pueda desprenderse de esta dialéctica.

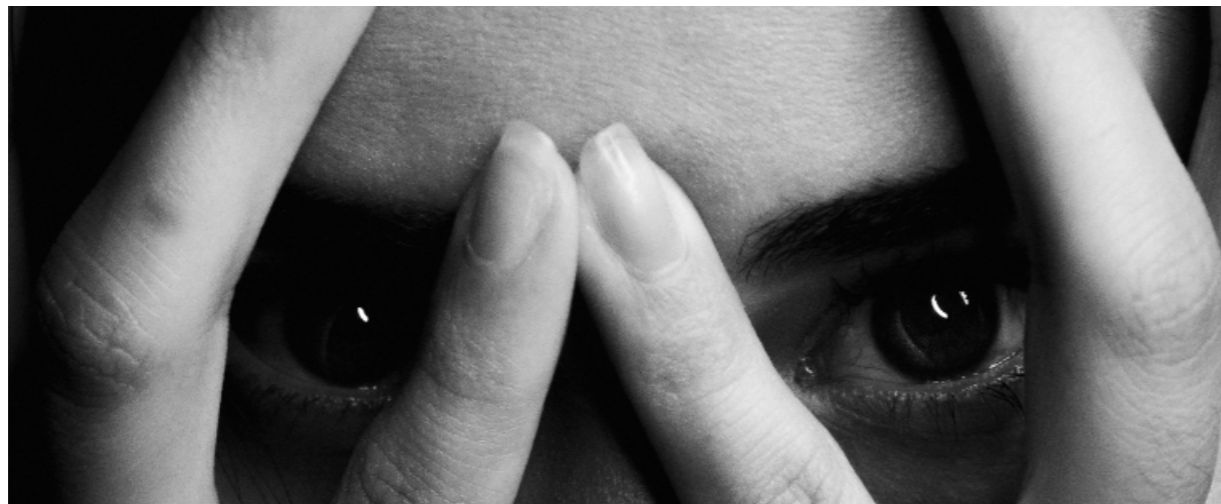
Así, el sujeto es arrojado a una dinámica en la que no puede intervenir y de la que no puede escapar. Bajo esta perspectiva, se podría tomar prestado el *dasein* heideggeriano para hablar no de un *ser mediático* si no *dasein mediático*; es decir, un *ser-en-el-tiempo-espacio mediático*. Al agregar las dimensiones espaciotemporales del ser, estaríamos contemplando los cambios en la dialéctica mediática y compaginando las evoluciones de los intereses individuales con respecto de los medios. De este modo, tendríamos que el *dasein mediático* en tanto que categoría del ser (como el *yo*, el *ello* y el *superyo* freudianos) influye directamente en la formación del individuo.

La libertad del *dasein* multimediático

Ante esta imposibilidad de intervención y escapatoria, podríamos pensar que la pequeña dimensión libre del *dasein mediático* radicaría en las redes sociodigitales, pues, al contrario de los medios tradicionales, estas nos permiten elegir qué ver; es decir, determinar qué es relevante para nosotros y, aún más importante, cuándo lo es. Los cambios en los intereses individuales serían acompañados por el tipo de contenido digital que los sujetos consumen.

En un inicio esto sería verdad, el primer contacto de un sujeto con las redes sociodigitales estaría determinado por los prejuicios anteriores a la cultura digital. Sin embargo, la *libertad del clic* termina después de ese acercamiento, como lo menciona Byung-Chul Han, los algoritmos de estas redes tribalizan a los individuos. Esto es, una vez que las redes perfilan al individuo, las relaciones que éste tenga con el medio digital estarán determinadas por un algoritmo diseñado para mantenerlo “conectado”. La psicometría le habría permitido *libremente* seleccionar su sesgo de confirmación, siempre bajo los límites de las narrativas de estos espacios sociodigitales. Después del contacto inicial, la interacción del sujeto con el medio estará determinada por la direccionalidad que este último le quiera dar al pensamiento del primero.

Un ejemplo clarificador es el caso de RT noticias en YouTube. Una vez que estalló la guerra de Rusia contra Ucrania, los canales de comunicación internacional rusos fueron eliminados de dicha plataforma y los espacios digitales se llenaron de la óptica occidental del enfrentamiento. Además, aun desde antes de comenzar el conflicto, quienes seguíamos los canales de comunicación rusos notamos que habían sufrido una invisibilización sistemática en diferentes espacios presuntamente imparciales. Entonces, existe disidencia en los medios sociodigitales siempre y cuando esté contemplada en el marco de sus intereses políticos.



Mi *dasein* multimediático

Recuerdo mi primer acercamiento a Facebook, los primeros *me gusta* otorgados a páginas y grupos contraculturales. Las primeras escuchas en YouTube de los Rude Boys, Ska-p y Los Rastrillos. Recuerdo cómo poco a poco fui descubriendo música, libros y grupos “disidentes” en el espacio digital y ahora, después de este breve ejercicio reflexivo sólo puedo preguntarme ¿qué es la disidencia? ¿Aún existe y, si existe, la sigue siendo disidente?

¿Será que existe algo como “la rebeldía de pensar” como la llama Óscar de la Borbolla o estaremos eternamente sometidos a la rebeldía dentro del marco normativo de los medios? Hace años era más sencillo saber qué formaba parte del bagaje disidente: la literatura prohibida, los manifiestos comunistas y socialistas, la libertad sexual. Todo lo censurable y reprimible formaba parte del acervo contracultural, pero ¿qué puede ser rebelde en un espacio donde “todo” está permitido? Volvemos al problema de la alegoría de la caverna y la imposibilidad de imaginar lo que escapa de nuestros horizontes.

Además, bajo la perspectiva de un *dasein multimediático* la posibilidad de salir de la caverna se complica aún más. Una vez que se asume que el *ser-en-el-tiempo-espacio multimediático*, el problema pasa de salir de la caverna a salir de una de las dimensiones del *ser*.

TikTok y la censura han dado los primeros pasos para mostrarnos lo que puede ser contracultural. Actualmente se ha popularizado la perífrasis verbal *hacer la automorición* para referirse al suicidio. Hablar del suicidio es incómodo para las plataformas y los hablantes han tenido que renombrar la realidad para escapar de la censura. Este tipo de censura idiomática nos lleva a pensar inevitablemente en la neolengua de Orwell y la posibilidad de que, una vez que la censura mediática se lleve lo incómodo, no haya forma de pensar una realidad alterna. Será, tal vez, que la única forma de escapar al *dasein multimediático* sea el *no-ser*.



Vertical

Por Linda Acosta

Línea que atraviesa del cielo a la superficie,
 hoy, la tierra no es para quien la trabaja.
 Tierra para quien la usurpa:
 expolio, colonias,
 decadencia, esclavitud;
 robo = salario, horas extras.
 ¡Paso redoblado! ¡Alarma!
 Hora de despertar.

Cielo para quien puede ir de viaje a un resort millones de estrellas
 o en el autobús hacia el trabajo, por una ventanilla;
 cielo para quien ve fuera de las rejas,
 rejas con cielo para una doncella herida.
 Crujir, partida y adiós: ¡A dios!
 Súplica transversal en la humanidad.

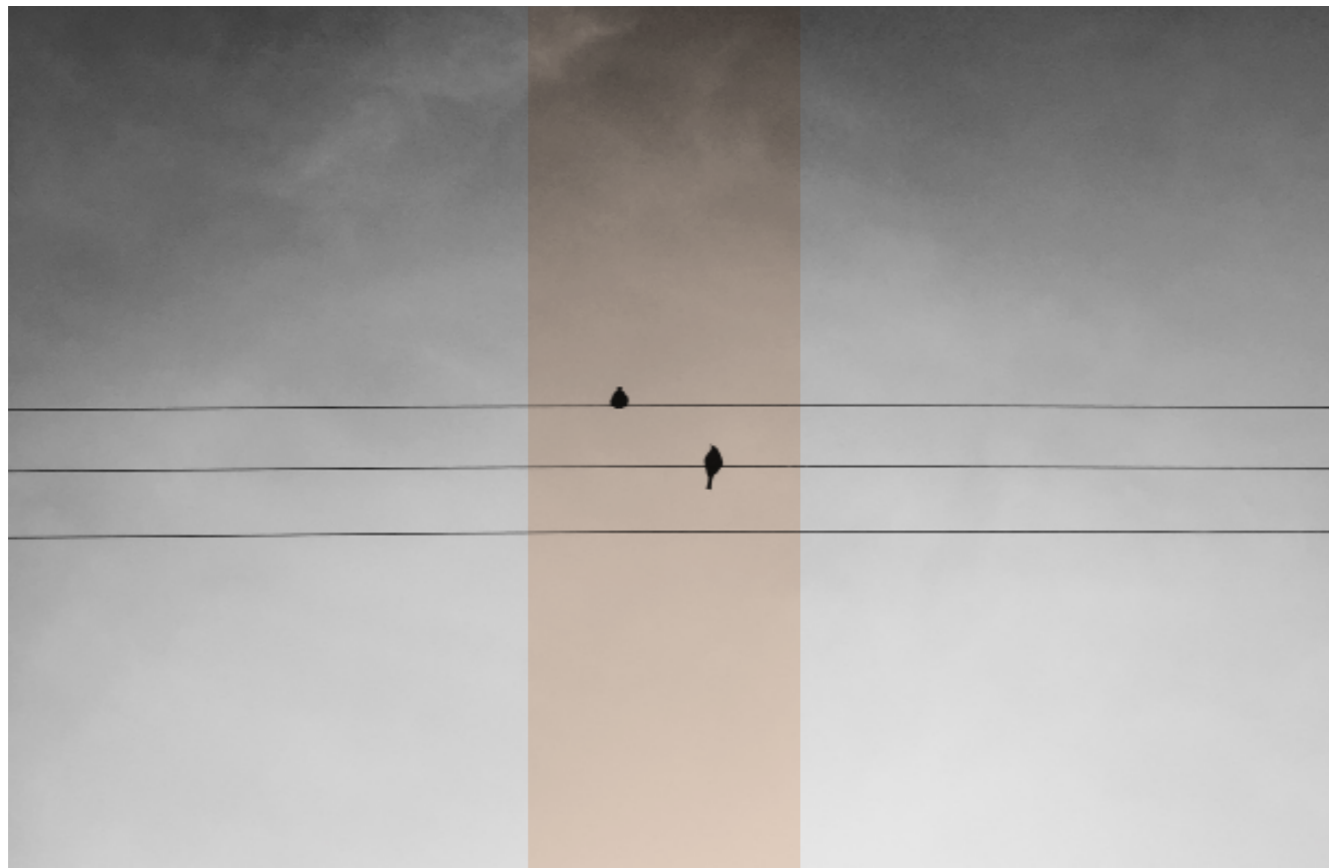
Siembra y cosecha,
 protesta y reducción de jornada,
 el rebelde que grita:
 ¡Justicia! Que nunca es justa, tan solo exacta.
 Las naciones ofrecen, desde el púlpito sin palpito:
 nacer libres e iguales en dignidad y derechos,
 ¿Es por caso un real brasileño igual a una libra?
 ¡Trueque! ¡Criptomonedas! ¿O criptomanía?

¡Mentira! ¡Verdades! Según realidades,
 comportarnos fraternos
 no es cuestión de fronteras,
 ni de pateras
 ni siquiera de banderas.
 ¿Es madre y hermana la patria?
 Cuando la circunferencia es el mismo planeta,
 la misma lluvia,
 el mismo cielo,
 agua limpia que corre, vaso de unicel que contamina,
 bambú resquebrajado, catedral incendiada,

Amazonas despojado,
 politeístas o ateos,
 minas de diamantes, anillo de matrimonio,
 litio con rojo líquido vital estampado,
 suena tu teléfono: videoconferencia.
 Explota el Medio Oriente,
 turismo de primera, guerras de segunda o silenciadas,
 UK, Rania en Jordania.

Inflación desde la comilona en yate
 o en el mar a brazadas,
 no quiero noticias,
 tan solo albricias,
 somos una misma unidad orgánica,
 almas en experiencias materiales.

Dar la vuelta y
 ver adentro
 para poder escapar construyendo.
 Puentes, polaridades frecuentes.



Hace más de tres meses que olvidé
 el sabor de la berenjena,
 la pandemia ya no suena al terror que fue,
 escalada de sueños rotos,
 entonces, creatividades uniré,
 “despacito, pasito a pasito” o
 vamos a toda prisa antes de que llegue el final:
 ni te enteras
 ni te suena,
 teléfono descompuesto,
mass medias corruptas,
 imposible de ocultar que
 todes ya no es un modismo
 y el sistema somos todos,
 todas lo vamos a tirar:
 base de castas, clanes o linajes,
 patriarcal y
 vertical
 tejeremos entre tod@s la experiencia horizontal.

